

TU ROSTRO EN MÍ

CLARISA LIGARDE

L

COPYRIGHT

Título: Tu rostro en mí

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, u otros métodos o soportes, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes. Del Código Penal).

© Clarisa Ligarde, 2020

Primera edición del libro, 17 de junio 2020

Primera reedición del libro, 15 de septiembre de 2021

© Fotografía de portada de Velizar Ivanov, fuente Unplash

© Diseño de portada, Ana de Beraza Lavín

<http://www.clarisaligardeescritora.com>

“En nuestros cerebros bulle un pueblo de demonios, y cuando respiramos, la muerte a los pulmones desciende, río invisible, con sordas quejas”

Flores del Mal, de Charles Baudelaire

“La naturaleza aborrece el vacío”

René Descartes

El día del incendio

Viernes 16 de julio

Cloe fue incapaz de escuchar el sitar¹, la señal de que todo comenzaba. Una pareja de jóvenes ascendía por el camino que conducía a la residencia cubiertos de cenizas, dejaba tras de sí la imagen de las llamas que lo devoraban todo. La nitidez de los cuerpos se perdía. *Laurenti y el sendero... Las lenguas de fuego.* En la sección norte el viento sur entraba por las rendijas de las ventanas en contra de la humareda. La bocanada de calor y ceniza penetraba en las fosas nasales. Cloe escuchó la voz diligente de Laurenti pero no entendió sus palabras, durante unos minutos él agarró su mano, después aquel tacto se perdió en el *ardor...* Se encontró andando en el pasillo que conducía a la sala de operaciones, varios pacientes permanecían con los ojos cerrados en busca de un reducto de claridad en la negrura.

¹ instrumento musical de cuerda pulsada, originario de la India, semejante al laúd, pero con el mástil más largo.

PRIMERA PARTE

Flores y ardor

El velero

Cloe

El curso del río avanza plomizo. Una culebra de agua sale de los juncos en zigzag. Cloe despierta tumbada junto a Patricia sobre la cubierta del velero. La brisa acaricia su piel y enfría su sudor. Nota el torso y la camisa empapados. Cierra los ojos. Aún le duelen. Se concentra en otras sensaciones de su cuerpo. La madera mantiene el calor del día bajo ella. *Como el calor de un perro.* “Tiza” guardaba la misma temperatura. No volverá a escuchar los ladridos ni notará a la perra en la cama a primera hora de la mañana. Era lo único que le pertenecía dentro del Círculo. *Solo una posesión podréis conservar de vuestra vida anterior.* El telón negro. *Ardiente.* Anegando los orificios de vida. ¿Cuándo acarició por última vez a la perra? Poco recuerda de los últimos días, sin embargo, su vida antes de llegar a la isla aparece vívida y resplandeciente en su mente. Aprieta su torso contra la espalda de Patricia. Nota su lenta respiración. No ha hablado mucho con ella aunque ha compartido la litera en el cobertizo de la plantación durante la última semana. *Una recién llegada.* Patricia sigue siendo alguien «carnal» después de la «unción», es más bien callada y le gusta pasar horas a solas componiendo canciones con el sitar. *Si ella sigue viva es posible que yo también lo esté.* El cuerpo de Patricia es cálido, también la energía de sus ojos. Cloe se da la vuelta, Patricia la mira sonámbula. *Ella como yo bebí del «fermento».* Se palpa el pecho, la llave cuelga de su cuello atada al cordón de mimbre. Está seca. Oxidada. Habría jurado que hace poco su superficie era pulcra y tersa. *¿Qué puertas abrirá a partir de este día?* Las piernas le pesan como el acero, desea moverse, por un momento cree que no va a ser capaz. Apoyándose en el codo y concentrando todas sus fuerzas sobre la cadera izquierda logra ponerse en pie. Lo primero que ve son unas latas de cerveza vacías tiradas en cubierta junto a un mechero rojo, un paquete de tabaco de

liar, algunas cartas del tarot y un envoltorio de papel de fumar. Distingue la silueta de Sebastián apoyado en la barandilla en la proa del velero, de espaldas, junto a Víctor. En un acto reflejo Cloe se cubre los muslos con las manos. Sus mejillas enrojecen. ¿Por qué ese sentimiento tan intenso de vergüenza? *En lugar de cuerpos somos almas. Nada de lo que hagamos nos embrutece.* Son palabras que se agolpan en su cabeza, quieren salir, se pierden en su garganta. Fue Sebastián quien la subió en brazos en el velero. Apenas reparó en quién era ella. *Me rechaza. Siempre ha sido así.* Le molesta ese pensamiento. Está acostumbrada a su frialdad, en la clínica ni siquiera la miraba cuando entraba en el despacho para entregar el parte con los últimos ingresos. En realidad él nunca ha pertenecido al grupo. Tampoco ha participado en la vida del cobertizo. *Únicamente los «cosechadores» podíamos enlazarnos.* Traga y percibe el sabor metálico y vegetal en su lengua. Cede ante la oleada plomiza. Vuelve a ser una niña al borde de la sepultura.

El féretro descendía. Cloe podía oler las raíces y el frescor del subsuelo. Ella misma había agarrado un puñado del frescor y se disponía a arrojar la tierra sobre la tapa de nogal barnizado. Deseaba ver el rostro de su padre aunque fuera demasiado doloroso, aunque fuera una imagen que enturbiara el resto de recuerdos. Saber que en un momento dado existió. Estuvo ahí. Entre las cuatro paredes del ataúd. Que fue verdad que había muerto. Aún podía oírle:

—*¡Cloe, no olvides encerrar al conejo dentro de la jaula o lo dejará todo perdido!*

—*¡No me gusta encerrarlo!*

—*Y a mí tampoco pero vivimos en un piso pequeño. Ya te he dicho que cuando quieras puedo ir contigo a la granja que hay en las afueras.*

*La flor de las ruinas tiene espinas, y sabe guardarse y no puede transportarse*². Cloe había sopesado el ofrecimiento de su padre durante semanas. En su infancia pasaba todo el tiempo que podía fuera de casa, correteando entre el pasto de vacas y el bosque agreste que resistía a la invasión del cemento

² extracto del cuento La flor de ruinas, de Fernán Caballero, 1862

en el pequeño pueblo costero. Era como una delicada fuerza de la naturaleza, enfermiza y asustadiza, llena de curiosidad, se pasaba las horas muertas en contacto con las plantas o los animales que correteaban por el bosque abandonado. Más de una vez sostuvo entre sus manos un gorrión o una musaraña. Su padre fue quien la inculcó el amor por la naturaleza, según él, la mejor forma de que un niño creciera feliz y sano era permitiendo desarrollar sus cualidades sin tener miedo a la variabilidad del entorno. *Un privilegio. Una extrañeza.* Sabía lo que era permanecer encerrado en casa y salir solo a trabajar, había vivido con su hija en los lugares despoblados donde los controles de los distritos eran menos persistentes. “Nada de cuerpos inmunes o re infectados”. *Conocer las almas puras.* Desde muy pequeña, cuando la sostenía entre las manos y la abrazaba Cloe hallaba un desasosiego en él: “No sabes lo frágiles que somos”.

Se mudaron varias veces de lugar de residencia, pese a que el padre era celador y su trabajo era muy demandado, no permanecían mucho tiempo en un sitio. Solían alquilar una caravana a las afueras de las localidades donde trabajaba, el aire era “más limpio” y había menos posibilidad de que tropezaran con controles sanitarios. Dominique consultaba el pequeño portátil de manera constante. Arrancaba el motor de la caravana sin previo aviso, de noche o de día. Un nuevo comienzo lleno de dudas y soledad se instalaba en la vida de Cloe.

Los colegios estaban alejados de la caravana. Una y mil veces pidió que la matriculase en la escuela, quería conocer otros niños como ella, con las mismas inquietudes y necesidades, con la misma realidad heredada. “Aún eres un vector”. Cloe no entendía lo que implicaban aquellas palabras pero sentía la gravedad en el rostro de su padre como un arma afilada y pesada, intuía que un peligro se cernía sobre ellos. Dominique llevaba un exhaustivo diario que prohibió leer a Cloe. Algo peligroso y mutable allanaba la felicidad de ambos, en el mundo existían distintas fuerzas, invisibles, hirientes, que impelían a los cuerpos a rechazarse.

Su padre le enseñó hablar el español y el francés -su lengua nativa-, cuidó de que aprendiera a leer y a defenderse en las matemáticas, convencido de que esas dos habilidades conducirían a Cloe a los demás conocimientos. De la pequeña biblioteca que trasladaban de un sitio a otro

en el viejo Seat, Cloe recordaba vívidamente los cuentos *La flor de las ruinas*³ o *Las brujas*⁴.

Parecía que su vida iba a ser un constante trasiego de muebles, libros y ropa hasta que depararon en la pequeña ciudad industrial de celulosa conocida como Torquera. Su padre llegó del trabajo, la levantó con sus grandes brazos por los aires, henchido de una energía renovada, Cloe no recuerda si fue el sol o el brillo en los ojos de él, se sintió cegada por una dicha deslumbradora, se apretó a él casi asustada. Él giró sobre su cintura, fueron segundos que parecieron una eternidad, el desgastado vestido de algodón que Cloe llevaba puesto y había lavado una y otra vez en la pileta de la caravana a lo largo de aquel verano se infló acariciando el aire. Cuando se detuvo y ella posó sus pies descalzos sobre el suelo Dominique pronunció tres palabras que clausurarían su vida ambulante: “Todo ha terminado”.

Pasaron meses hasta que las autoridades notificaron que habían entrado en el calendario de vacunación. “No hay prisa”, Dominique sosegaba el ánimo de Cloe mientras fregaban juntos los platos. Fueron meses de espera donde una tenue dicha se instaló en ellos. Vivían la cuenta atrás de una intimidad que nunca volvería a ser la misma: otras personas, nuevas costumbres y quehaceres comprometerían la cautela que habían llenado las horas, los días, los meses, los años. La zozobra de retomar las costumbres de una vida desconocida para ella la embargaba. “No debes temer el aire estanco. Ya no”. Ese aire estanco les había unido irremediablemente, les había obligado a crear una placenta invisible fuera de las directrices, les había provisto de un bienestar en el que ella particularmente se había sentido segura. Cloe vivía entre la emoción y el temor, entre la ilusión de entablar relaciones con otras personas y la cautela de encontrar la señal de peligro “Clase 7.0” pintada de nuevo en la acera, entre la inseguridad de sentirse un bicho raro y las ganas de vivir nuevas experiencias. Se resistía a compartir tales inquietudes con su padre por temor a romper la euforia que había aflorado.

Dominique consiguió una plaza fija como celador en el hospital de Torquera, cubría largas jornadas de trabajo, los «recuperados» eran

³ relato de Fernán Caballero

⁴ relato de José María Pereda

numerosos, y sus nuevas e inesperadas dolencias eran sometidas a un seguimiento exhaustivo. Fue en aquella época cuando se mudaron a un piso y el padre matriculó a Cloe en el instituto, adoptaron a Noa, el conejo cejijunto, blanco y gris, de cinco meses.

Noa comía con apetito moviendo sus mofletes arriba y abajo. Sus fosas nasales se hinchaban de una forma que la hacían sonreír. Era raro que eso sucediera. Que Cloe sonriera. En el instituto sus amigas bromeaban acerca de la devoción que la joven sentía hacia el conejo, más interesadas en conseguir el primer brillo de labios y convencer a sus padres para poder ir juntas a la gran superficie. Cloe prefería regresar a casa y dar de comer a Noa, concentrarse en los cambios del animal a medida que crecía que en los cambios que ella experimentaba en su cuerpo, o en sus dificultades para comportarse igual que los demás. *Todo sucedía demasiado deprisa.* Sus caderas habían ensanchado, percibía un ardor en los senos, su pelo se había encrespado. Sentía las miradas aceradas de los chicos en su torso, cómo se sonrojaban si ella se detenía a hablar con ellos. Cuando por fin tenía la oportunidad de entablar lazos con gente de su edad surgían barreras insospechables.

Cloe cogió el conejo entre sus manos y lo encerró en la jaula. Era una intimidación a la que no estaba dispuesta a renunciar por nada del mundo.

—¡Venga Cloe!

—¡Ya voy!

La mochila pesaba demasiado, la noche anterior había olvidado sacar la tablet y las playeras deportivas.

—¡Cloe! Tengo prisa. Estás haciendo que llegue tarde.

A primera hora de la mañana la directora del colegio fue a buscarla al aula, acompañada de un agente de policía.

—Debemos hablar contigo.

El hombre sentado frente a ella en el pupitre dentro del aula vacía, con voz neutra explicó que el coche de su padre se había salido de la carretera AT-79 tras dar un fuerte frenazo.

—Todavía es pronto para saber lo que ha sucedido, pero lo más probable es que haya sido sorprendido por un corzo. Han encontrado las huellas y el rastro de sangre de un animal herido en el asfalto.

El vehículo había estallado en mitad de la carretera. El cuerpo de su padre había quedado carbonizado.

Cloe había visto decenas de veces el cartel fosforescente de advertencia, los drones controlaban el tráfico en aquel tramo aislado e intrincado en varias pendientes, entre una hilera de colinas. Deseó haber ido ese día con Dominique en el coche -la llevaba al hospital cuando iba a hacer algún trabajo fuera del horario habitual, ella esperaba en el parking dentro del vehículo-. La colina de los corzos era el tramo del trayecto que Cloe disfrutaba más, hiciera frío o calor, bajaba la ventanilla y dejaba pasar el olor de los eucaliptos.

Sus abuelos desde París pagaron el sepelio, ordenaron la sepultura del cuerpo a pesar de que no era el deseo del hijo. Dominique era reacio a disfrutar de un “lugar sagrado” ya que muchos de los «caídos» habían sido incinerados en contra de la última voluntad del difunto y las familias. El ayuntamiento cedió un pequeño nicho en el cementerio como “gesto de gratitud por sus trabajos sanitarios en la comunidad”. Los periódicos locales, incluso del país, se hicieron eco del accidente: “El sanitario que deja huérfana a una hija”.

Durante la celebración del entierro Cloe se preguntó qué habría sido del corzo herido, si habría muerto. Muchas noches soñó que estaba perdida en la colina y buscaba el rastro de sangre del animal entre los eucaliptos. En el suelo emergía una mortaja de nieve, olía el humo de un incendio a lo lejos.

El cura perfiló el símbolo de la cruz mientras Cloe rezaba el Santo Rosario y pasaba la Liturgia de las Horas. La tapa de nogal descendió pulcra y fría. La joven no arrojó el ramo de lirios que había comprado en la entrada del cementerio. Eran las flores preferidas de su padre.

—*Hay un bello silencio en los pasillos, puedo leer todo lo que quiera en los turnos de guardia.*

—*¿No tienes miedo en un edificio tan grande?*

—*Sé que piensas mucho en mí y me siento acompañado todo el tiempo — Dominique la arropó en la cama—, los pacientes agradecen mi presencia.*

—*¿Cómo son esos pacientes?*

Le acarició el pelo.

—*Un hombre no se mide por sus vivencias —la besó en la mejilla—, sino por sus actos.*

Fue la última vez que su padre se despidió de ella antes de acudir al trabajo. Todavía podía sentir los brazos de Dominique aferrados a ella. Aquel olor... pastoso y escurridizo, mezcla de tinta y jabón amargo, de aliento matizado con el paladeo de pulpa de fruta, de afeite para el pelo y betún. *La psique...* solo algunos retazos quedaban de ella.

De su madre apenas sabía nada, solo que se llamaba Berta. Conservaba una fotografía en blanco y negro. Era una joven de ojos grandísimos y pelo negro rizado. Durante un tiempo Cloe había guardado la fotografía dentro de un sobre desgastado con fervoroso celo, hasta que el envoltorio quedó relegado en el fondo del cajón del pequeño escritorio. En la parte trasera había escrito: *El Muelle* y el número romano X. En la fotografía su madre llevaba un delantal de faena que se elevaba ligeramente por la fuerza del viento, a sus pies había redes de pesca desperdigadas por el suelo. Cloe se había preguntado muchas veces si su padre y su madre ya se conocían en esa foto, si fue él quién tomó la instantánea. A Dominique le gustaba retratar a la gente, trabajadores del campo y de las naves industriales, camioneros de paso, vendedoras ambulantes, era un gran aficionado a las imágenes analógicas en blanco y negro, nunca se desprendía de su cámara réflex. “Cuando no miran al objetivo verdaderamente uno puede capturar la esencia de esa persona”. Guardaba una amplia colección de fotografías en un álbum de cartulinas negras. Muchos retratos quedaron sin clasificar entre láminas. Cloe contemplaba los claroscuros de aquellos rostros intentando comprender lo que su padre describía con tanto entusiasmo. No sabía por qué desde pequeña había intuido que su madre en la fotografía miraba al objetivo desafiando aquel entusiasmo. Era un pensamiento doloroso, lleno de soledad y resentimiento y, al mismo tiempo, de una necesidad de amar y ser querida.

Poco se parecía físicamente Cloe a Berta. Su padre nunca le había hablado mucho de su madre, una vez le contó que era mucho más joven que él cuando la conoció y que el embarazo la sumió en un estado de irrealidad del que no supo salir. “Era una persona demasiado débil. No estaba preparada para lo que estaba por venir”.

La sangre como una flor seca entre los muslos...

Después de la muerte de su padre Cloe comenzó a hacerse las heridas. Dentro del cuarto de baño apretaba levemente la cuchilla de afeitar hasta que el hilo de sangre aparecía. El dolor físico la aliviaba. De qué manera.

Asuntos Sociales recomendó que ingresara en la unidad psiquiátrica para adolescentes del Hospital El Cerro. La vida allí dentro fue más bien monótona. Cloe salía al patio y acudía a las sesiones de terapia. Los medicamentos la atontaban. En el centro perdió el colgante con el retrato de Dominique. Dejó caer el medallón del cuello en las duchas comunitarias. Estaba enfadada con él, consigo misma, con el entorno y aquella euforia que les había dominado y había hecho que perdiesen la cautela. El medallón desapareció por el desagüe entre pelos y agua ennegrecida. Algunas de sus compañeras también habían perdido a sus padres, otras a sus novios, algún familiar, o, simplemente, tras superar el aislamiento forzoso les resultaba insoportable ser “seres sociales”, pues se habían habituado a una vida sombría, monótona, repleta de restricciones y soledad. Ella había tenido suerte, había vivido el periodo de incertidumbre en el que el virus desafiaba a la ciencia y a la sociedad en compañía de su padre, era él quien la había protegido y la había hecho creer que vivían una aventura. Se sentía traicionada y huérfana. No deseaba ser víctima de una felicidad ficticia.

Noa fue trasladado a una granja de recuperación. Ni siquiera le echó en falta o preguntó por él. Al morir su padre había muerto una parte de sí misma.

En el Hospital El Cerro le asignaron una compañera de cuarto más mayor que ella. Una larga melena morena ocultaba gran parte de su espalda. Dos tatuajes del ángel exterminador cubrían la superficie de sus manos. Bellísimas se movían mágicamente. Muchas veces esas manos la empujaron fuera de la cama. “Venga, chica, levanta. No te vas a quedar todo el día ahí tirada”. Cloe veía un rostro difuminado, una boca fruncida, un tacto cálido en el vértigo dando pasos en lugar de ella.

Después de tres meses de internamiento reaccionó bien al tratamiento, consiguió el alta. Le ofrecieron la oportunidad de vivir con sus abuelos paternos.

El velero

Otro despertar

Cloe se apoya en la barandilla de cubierta, abre los ojos. *Dadme enseguida de beber agua fresca de la fuente de Mnemósine⁵.* Mira la toalla extendida al lado de ella.

Vacía.

La tela aún conserva la lámina de la helada de esa misma mañana, como si el tiempo se hubiera detenido. Es extraño que sea de esa manera cuando en los últimos días todo se ha precipitado. *Como la tormenta inesperada. Como el latido.* Busca con la punta de los dedos los extremos del *short* vaquero. Tira de ellos. Las perneras son demasiado cortas. Cuando vivía en la residencia nunca había sentido vergüenza por las cicatrices que recorren sus ingles y se extienden por la cara anterior de sus muslos. *Todos de una forma u otra cargábamos con nuestras propias heridas.* Mira a su alrededor y acumula imágenes fugaces. *Antonio...* Le viene a la mente uno de los nombres. Quema en su boca. Algo le inquieta sobre cubierta: la inmovilidad del aire o la gaviota que planea sobre las toallas. *¿Por qué vuelve a mí este vacío de forma tan intensa?* Siente que sus facciones se endurecen. Abre la mano, vuelve el agarrotamiento: la abre, la mira, la vuelve a cerrar... Un dolor punzante atenaza su brazo derecho. Se muerde los labios, desea ser un vacío en la memoria, una pieza del olvido segmentado. Rendida, sin una lágrima, se acurruca junto a Patricia.

No se atreve a mirarlos a plena luz del día, escucha sus peculiares murmullos acostumbrados a ser comparsa del silencio. La luz es lo suficientemente tenue como para proyectar una pesada sombra sobre el grupo de «cosechadores». Los saltos de agua bordean ambos márgenes del

⁵ en la mitología griega, la personificación de la memoria.

río. El viento silba en su oído como si fuera una serpiente. Percibe el olor a liendres. El cauce se estrecha. Una lata repleta de gachas cae en sus manos, Cloe ha perdido el apetito y cede la ración a Patricia. Un impulso que nace en las entrañas y que ni ella misma alcanza a explicar. Los cuerpos de uno y otro brillan en la neblina. El muérdago ahoga los árboles en las capas más altas. Aprieta las manos en un puño y las coloca bajo el coxis, tumbada boca abajo sobre la toalla. Patricia duerme de nuevo a su lado. Cuando Cloe mira hacia proa, Sebastián ha desaparecido de los mandos del timón. Vuelve la oleada plomiza.

La recibió en el aeropuerto Camile, la asistente social. Cloe hablaba muy poco francés, Camile se empeñó en que cuanto antes practicara sería mejor. La joven no prestó atención a lo que la asistente explicó sobre las calles o los monumentos de París, las amplias avenidas provocaban un profundo temor en ella.

El pequeño piso en la sexta planta de la avenida Mac Mahon lleno de objetos cotidianos y pequeños ruidos por un momento recordó a Cloe la caravana en la que había vivido con su padre, residiría allí una semana, antes de establecerse con sus abuelos paternos de manera definitiva.

—Ha sido un largo viaje. Debes estar exhausta.

Camile recogió un pato de goma y un Superman de Lego del fondo de la bañera.

—He comprado velas aromáticas. Puedes encender una si quieres.

La dejó sola, Cloe giró el grifo en el cuarto de baño de estilo antiguo. De pronto se sentía terriblemente cansada, se desnudó y se hundió en el agua sin pensar en nada.

Despertó cuando Camile dio unos golpecitos en la puerta.

—Mis pequeños “monstruos” quieren conocerte.

Camile era madre soltera de dos niños pequeños. Jean Paul y Alizee. Tres y cinco años. Cloe ayudó a Alizee a ponerse el pijama en la habitación que compartía con el hermano.

—Tienes buena mano con mi hija, podrías despertarla mañana, llevarla al colegio —propuso Camile—, a mí se me hace cuesta arriba, siempre

ando con prisas... . . . Debe bajar las escaleras hasta la calle, acostumbrarse a hacer esa pierna suya.

Alize era una niña con mucha energía que padecía una limitación en la pierna derecha como consecuencia de un trombo. Había muchos niños con la misma secuela, con el tratamiento adecuado dichas limitaciones eran totalmente recuperables, pero para Alizee, que veía a su hermano corretear por la casa, caer y levantarse del suelo sin ninguna dificultad, no dejaba de ser frustrante.

La niña remoloneó al despertarse. Cloe estaba segura de que la fatiga de Alizee no era física sino mental. *Sentirse distinto a los demás es agotador, ¿verdad?* Con miradas y gestos ambas se entendieron a la perfección.

Dejó que Alizee se atara los cordones después de colocar la férula⁶ en la pierna. La ayudó cuando se puso en pie.

—Sin duda tienes un don. —Camile la había estado observando sin que se diese cuenta desde el umbral de la puerta—. Nunca la he visto tan dócil. Odia la férula.

Después de dejar a Alizee en el colegio Cloe se sentaba en un banco del hermoso parque de Monceau, en el invierno luminoso la helada perdía fuerza a medida que se aproximaba el mediodía, los árboles rompían el cielo grisáceo de una forma bella y devastadora. Cogía una bicicleta en una de las estaciones públicas y recorría los Campos Elíseos, la Marcha de Noel, asimilaba la atmósfera mágica con miles de luces de la época navideña. El último día de estancia en la avenida Mac Mahon cenaron patatas cortadas en rodajas finas y gratinadas en nata. Por un momento se imaginó formando parte de esa familia.

La casa de sus abuelos era un piso antiguo en pleno centro de la ciudad con los suelos de madera y los techos altísimos. Apenas había muebles. Solo las habitaciones de los ancianos y una antesala que parecía más un cuarto de medicinas que una salita estaban convenientemente acondicionados. La cocina disponía del menaje justo. En el salón había un viejo sofá y una biblioteca vacía. En toda la casa Cloe no vio un televisor o

⁶ med. Dispositivo externo y resistente para la inmovilización de partes del cuerpo, que se utiliza en el tratamiento de fracturas y en ortopedia.

una radio. Por recomendación médica sus abuelos hacía años que habían dejado de estar al tanto de las noticias.

—¿Es aseada? Sí.

Para su abuelo la respuesta fue suficiente. Su abuela postrada en la cama habló desde la alcoba marcando el acento en la “a” y en la “e” tan característico del idioma francés:

—Quiero verla.

El velero

Sebastián

Un rayo de luz incide en el tragaluz. Sebastián despierta con dolor de espalda. En un acto reflejo se palpa el rostro. Ni siquiera sabe de dónde procede esa extrañeza. La misma que le despertó antes de que el humo lo invadiera todo. *El presente, no existe otro tiempo.* Retira la saliva que sin querer ha emborronado el mapa extendido sobre el escritorio. A un lado, el vaso vacío. El cansancio ha hecho que cometa ese desliz. De camino a cubierta pasa por la cocina y deja el vaso en el fregadero. Con los ojos aún brumosos mira hacia la cristalera del techo. El cielo resplandece. *Hoy el día cundirá.* Al subir tropieza con una muñeca de trapo en la escalerilla del tambucho⁷. Apenas son nueve, a lo sumo once a bordo del velero.

Víctor se acerca a él y le ofrece un cigarrillo.

—Aprovecha, es la última cajetilla —mueve los dedos de una forma delicada, casi femenina. Mira a Sebastián con una mirada que es ausente desde hace días—. Se pelearán por ella.

Sebastián acepta el cigarro. Lo enciende y se apoya en la barandilla. Los diecisiete metros de eslora se deslizan en el azul, las hélices cercenan el agua cristalina. La pulcritud es tal que siente un sobrecogimiento. Evita cualquier tipo de complicidad con Víctor, de esa forma aleja los sucesos de los últimos días. Debe aferrarse a lo que ve y a lo que siente.

Las chicas siguen durmiendo. Puede ver cómo sobresalen sus cuerpos de las toallas. Las piernas desnudas entrelazadas. Sonríe levemente. Queda algo de ingenuidad en aquella languidez suave y descarada que permanece tumbada y rompe las suaves líneas del velero. Se pregunta si alguna de las chicas será Cloe. También qué habrá sido de Antonio. *Estaba dispuesto a «cumplir» sobre todas las cosas.*

⁷ escotilla protegida que da acceso a las habitaciones de la tripulación.

—¿Por qué no duermen en las literas? Hay espacio suficiente — pregunta a Víctor.

—Hace demasiado calor ahí abajo.

Y el ardor no nos abandonará. El sol sangra sobre la línea del horizonte, el zumbido de las moscas es un velo invisible que acaricia la sensación de irrealidad. La variación del rumbo en el velero es perpendicular al pequeño islote que acaban de superar.

—¿Has bajado a la cocina?

Víctor niega con la cabeza:

—Procuro no entrar en las cabinas.

—En la despensa apenas quedan conservas y dos bidones de agua potable —Sebastián da una calada al cigarro. Le molesta que Víctor sea tan parco en palabras cuando ha sido él quien se ha acercado a hablar—. Sabes que no podemos seguir así. . . —continúa—. Dentro de poco nos quedaremos sin provisiones.

Víctor mira hacia el horizonte mientras expulsa el humo del cigarrillo por la boca. La pequeña isla fluvial aparece y desaparece a lo lejos. La humedad riega el campo en los márgenes del río. El caudal es lo suficientemente profundo como para que “El Albur” no encalle. Descansan la mayor parte del día a bordo del velero y se adentran a pie en el terreno que se extiende a los dos lados del afluente cuando amanece. Sebastián decide bajar a la cabina y examinar el radar de rastreo. Procura mantener la cabeza ocupada.

Tierra firme

La sociedad ha cambiado,
el individuo se ha convertido en un pequeño dios
en busca de su reino.
ANAIS LAVÍN

Sus facciones se ensombrecen. Antonio hinca las suelas en los pedales de la moto. Exhausto penetra por el camino polvoriento. Quedan por recorrer más de quinientos kilómetros hasta el almacén situado en la ribera septentrional de la isla, no sin fatiga, por las montañas ásperas y cerradas. *Mi corazón sin latidos*. Dos hombres distintos en uno solo: el primero piensa y el segundo respira en la acritud. *La naturaleza fue cómplice...* Cuando está a punto de llegar al campamento frena la moto en seco: un zorro chilla y da bandazos en mitad del camino. Se apea de la moto y se acerca. El pelaje cobrizo del animal brilla en la oscuridad proyectando la silueta de una fiera de mayores dimensiones. Al percibir la proximidad de Antonio se retuerce. *En cierta manera nos parecemos*. El mamífero ha caído en uno de los cepos, tiene la pata delantera hecha trizas. Antonio envuelve su mano derecha en la cazadora y agarra al zorro por el cuello. El miedo del animal es más intenso que la vida que mana de la herida. Una tibieza que hacía tiempo no percibía atraviesa la tela vaquera hasta emparar la palma de su mano. Saca la navaja que lleva consigo en el bolsillo del pantalón. El zorro da un último chillido. *Seco*. Impregnado en polvo. Tres incisiones en la barriga perfilan la silueta de un círculo. Antonio siente un alivio momentáneo.

Entra en la tienda de campaña. Es noche cerrada. Tumbado boca arriba se mira las manos: la piel, rugosa en la parte interna de los nudillos está salpicada de durezas a causa de las horas que ha pasado encima de la moto. *Alguien se debió de llevar los guantes*. Han transcurrido más de cuatro años pero todavía recuerda vívidamente el día que conoció a Laurenti: se acercó

a él en la gasolinera de la avenida Las Azadas, le preguntó dónde había comprado la moto. A Antonio le pareció ridícula aquella pregunta, su vieja Derbi Senda color granate estaba en las últimas, era una reliquia. Por cómo iba vestido nadie hubiera dicho que la moto pudiera suscitar al forastero algún tipo de interés.

—¿Ha visto el taller mecánico en la entrada del pueblo? Ahí, puede encontrar más como esta.

Terminaba de llenar el depósito de gasolina y se disponía a marcharse sin pagar antes de que el encargado regresara cuando Laurenti sacó de una cartera dinero suficiente para pagar el repostaje de aquel día y de las próximas semanas.

—Delante de mí no permitiré que te comportes así.

Vestía mocasines y un traje de franela. Al saludarle se había quitado el sombrero de lino que cubría su cabello cuidadosamente peinado hacia atrás. Había apoyado una mochila de lona beis en el suelo. Era un hombre llamativamente rubio. Llevaba una estola de lino y una OLYMPUS Trip 35 colgada al hombro. Su mirada, de un azul que no se veía por la isla, era casi transparente. Sus pupilas querían decir más de lo que estaba dispuesto a revelar. En su presencia desde el primer momento Antonio se sintió anclado a lo insondable. La isla rodeada de océano... Aun cerrando los ojos es el día de hoy en el que no puede olvidar aquella mirada. Un hombre dueño de una promesa.

—¿No es de por aquí?, ¿verdad?

—Podríamos decir que así es —Laurenti contemplaba la hilera de palmeras que bordeaban la extensión pedregosa al otro lado de la gasolinera con especial interés—. Este es un lugar singular.

Se arrodilló y cogió un puñado de tierra del arcén de la carretera. El viento arrastraba la arena de la playa hasta allí.

—No sabes lo afortunado que eres de vivir aquí —miró los gránulos rojizos que había depositado en su mano como algo preciado, después, molesto consigo mismo por haberse quedado abstraído de esa manera siguió hablando—, pese a todo y de estar muy lejos del que fuera mi hogar he conseguido crear mi propio círculo... —se detuvo sopesando las palabras—. Te gustaría.

—¿Qué me gustaría?

—Ese círculo.

Montaron juntos en la moto. Antonio no recuerda quién tomó la iniciativa. Desde que había conocido a Laurenti olvidaba los momentos claves que le han llevado a ser quién era. Puede que él mismo se ofreciera a ayudarlo a llegar al mirador por la carretera secundaria con el fin de que admirara las vistas, o fuera Laurenti el que se lo pidiese.

Al borde del barranco el corazón le latió aprisa, tal vez a causa de la última calada al canuto que había fumado. Una vez culminaron el repecho se sentaron a la sombra de una roca milenaria. El tiempo pareció detenerse. Antonio no podía apartar la vista de un cartel de madera clavado en el suelo en el que se leía «aunque hay momentos difíciles, tu vida es importante».

—¿Sueles subir mucho aquí?

—Cuando no hace mucho calor se puede estar. Pero no, no suelo subir, no es un lugar de paso... como has podido ver la carretera está cortada.

—Sí —musitó Laurenti mientras sacaba un cigarrillo de la pitillera dorada y lo encendía—. Hay demasiadas carreteras cortadas.

Le tendió la pitillera.

—¿Un cigarro?

—No suelo fumar tabaco solo.

Laurenti se arrodilló y sacó de la mochila un par de objetivos de largo alcance y un trípode, lo desplegó y colocó encima la OLYMPUS que llevaba al hombro. Sosteniendo entre los dientes el cigarrillo adaptó uno de los objetivos a la cámara, después, tomó varias fotografías del paisaje que se extendía ante él desde distintas perspectivas. Transcurrido un rato, se giró e hizo un gesto a Antonio para que se acercara.

—Puedes tomar algunas fotos si quieres. Isla Haustela además de tener conexiones culturales interesantes, sin duda, ofrece vistas impresionantes.

Antonio dudó en acercarse pero finalmente lo hizo. Le halagaba que alguien como Laurenti le tratara con consideración. Su forma de vestir, sus maneras de hombre cultivado. El mundo de Antonio era otro muy distinto, despertaba en habitaciones de pensiones sin recordar nada de lo que había sucedido la noche anterior junto a una chica distinta cada día, la mayoría prostitutas. Se sentía a gusto con ellas. Todo tipo de mujeres veían un misterio en él: la camarera del Bar Adarajas, la adolescente encargada del

quiosco del parque, la única prima lejana que sabía de él y vivía en la isla... Encontraba notas en los bolsillos del pantalón de desconocidas con las que apenas había cruzado dos palabras, o «whatsapps» subidos de tono en el móvil. Era raro que se sintiera cómodo con un desconocido.

Pasó la tarde capturando los páramos remotos en la pantalla táctil de la cámara fotográfica, escrutando la luz rojiza que emanaba la superficie, inmortalizando el azul cegador del cielo. Laurenti en un momento dado encendió otro cigarrillo e inspiró profundamente, después se recostó en la roca milenaria diciendo:

—Te sorprendería lo que Haustela puede ofrecer.

Antonio siempre había querido salir de la isla, al escuchar algo así no pudo más que sonreír pero enseguida dejó de hacerlo: el semblante de Laurenti se había endurecido. A lo largo de la tarde el joven no había entendido muchas de las palabras que había utilizado el forastero para referirse a uno u otro elemento de la geografía. De pronto, temió que dejara de hablarle.

—¿Puedes ser más claro?

—En el suelo de la isla existen varias moléculas muy diferentes entre sí pero con un mismo componente beneficioso para la salud que muy pocos conocen —exhaló el humo de la boca plácidamente—. Entre otras cosas, dicho componente evita el deterioro del cuerpo humano, y lo más importante, disminuye el rechazo de los órganos trasplantados.

A Antonio no le sorprendió el cambio de giro en la conversación. Los términos científicos hacía tiempo que eran algo habitual, muchos estaban al día de las últimas publicaciones sobre investigación, él nunca se había dejado arrastrar por aquella corriente, sin embargo, no deseaba que Laurenti se diera cuenta de la pasividad que dominaba su interior.

Laurenti escrutó con los prismáticos la isla. Antonio se sentó a su lado y tomó entre las manos la cantimplora de agua que él le había ofrecido, bebió y percibió la porosidad de la lengua. Cogió el mechero de la mochila de lona, después de prender la llama varias veces y contemplar la leve combustión, encendió un cigarro. Lejos del bullicio del puerto y, tal vez, embriagado por el poderoso bálsamo de la naturaleza que se extendía ante él, se abrió como nunca antes lo había hecho con nadie. Contó a Laurenti sus recuerdos de infancia en los que jamás había percibido el calor de una

madre, cómo su padre se había alejado de él cuando solo era un niño, cómo durante años había ido de un centro de menores a otro. Laurenti le escuchó silenciosamente, después, le habló de la tierras del valle más allá de las colinas, explicó que eran codiciadas por su fertilidad y su aire limpio, que había más jóvenes como él viviendo en el paso estrecho, que venía de muy lejos convencido de que había otras formas más provechosas de vivir, que no le juzgaría y que, sobre todo, hacía ese ofrecimiento porque necesitaba su ayuda.

Antonio ni siquiera preguntó para qué le necesitaba.

—Puedes llevar a quien tú quieras —Laurenti finalizó la conversación.

Muchas veces Antonio, a solas, como aquella noche creía que el joven que subió a la colina no era él, que nunca había existido.

Nuestro destino reside en la armonía
del cuerpo y la naturaleza.
Si damos la espalda a esa armonía
esta puede entrar en combustión.
CARTEL DE LA RESIDENCIA

Antes de que sucediera ya había visto la imagen: los bomberos caminando entre los escombros, las cámaras de televisión retransmitiendo en directo. En cierta forma a Antonio le complacía. *Aunque Laurenti se resistiera a admitirlo.* No era una experiencia etérea, ni mucho menos, sino sólida y tan ligada a la tierra que a veces temía ser incapaz de dar un paso.

La casa residencial, la clínica, el cobertizo, los laboratorios, el enorme jardín que se extendía por delante y por detrás del pabellón de ingresos, la pista de tenis, la piscina..., todo había resultado calcinado. Los bomberos se afanaban en encontrar entre los escombros a algún superviviente. Habían tardado en llegar a la finca debido a su difícil acceso. Era un riesgo estar allí pero nadie reparó en él: recogía la basura y los materiales que utilizaban en las labores de extinción entre los voluntarios. Había permanecido toda la noche despierto viendo cómo las llamas se arremolinaban alrededor del foco del fuego desde el bosque aledaño. La actividad de primera hora de la mañana era frenética. *Están demasiado ocupados en calmar su culpa.* Nadie como Antonio conocía la geografía de la

zona, sus idas y venidas por el camino privado desde la residencia hasta el embarcadero de La Laguna, montado en la moto o en la cosechadora habían sido numerosas. El viento marino sonaba ese día especialmente por toda la isla. Era el rumor de un manantial invisible. Acercaba las voces de mares lejanos. El crepitar de las llamas en la noche acalló esas voces. *Las siluetas empequeñeciendo*. Antonio había visto con sus propios ojos cómo el fuego lo consumía todo. Ni siquiera los gritos de los que quedaron atrapados en las habitaciones pudieron sacarle del trance. *Miriam...* Casi no puede pronunciar su nombre. Él mismo podría haber terminado siendo aquella rojez similar a la sangre.

Mientras los bomberos rebuscaban entre las ruinas o bajo las vigas de madera calcinada, varios forenses trabajaban en la identificación de los cuerpos. Había tres sacos de plástico gris en el suelo, precintados, en los que habían introducido los cadáveres. A uno de ellos lo habían cubierto solamente con una manta. Un agente de policía aguantaba el vómito. Un forense palpó, giró la cabeza de lo que parecía el cuerpo de una mujer y llamó a uno de sus compañeros para que se acercara. Eran tres personas enfundadas en overoles⁸. El grupo de bomberos, encaramados sobre las grúas retiraban los últimos escombros que obstaculizaban la entrada de la residencia. Los pilares de madera no eran los únicos elementos remolcados, a medida que avanzaba el trabajo, se confundían con más cuerpos. Se deshacían. Caían en las cenizas mientras los bomberos se echaban las manos a la cabeza. Para Antonio no dejaba de ser un desintegración armoniosa. *Algo bello*. Habían perecido tanto los que despertaron por instinto como los que sucumbieron a los somníferos. Nadie pudo salir por las ventanas de las plantas inferiores, tapiadas con tablas de madera. A grandes tramos, del páramo de cenizas surgían columnas y rejas, cadenas enmarañadas. *La cosechadora...* No quedaba nada del cobertizo, solo algunos arcos desangelados. Las llamas llegaron a superar los siete metros de altura destruyendo los corredores de la clínica. Los muelles de las camas surgían agonizantes, partidos por la mitad o arqueados. Olía a napalm⁹ con intensidad. El aroma todavía acompaña a Antonio.

⁸ buzos.

⁹ sustancia inflamable, a base de gasolina en estado de gel.

Sobre el saco de dormir se quita la ropa, la tira en un gurrullo en el barro. Su desnudez en la oscuridad resulta insultante, para Antonio es inconcebible su cuerpo desligado al de Miriam. Sus senos encendidos, su mirada turbadora. *Su alma desabastecida*. Aún tiembla al recordar la excitación que sentía al escuchar la respiración de los vigilantes cuando avanzaba por la planta de arriba de la residencia y cómo esa excitación aumentaba cuando abría la puerta, al final del pasillo. La silueta de Miriam tumbada en la cama, esperándolo. Nunca nadie hasta ese momento había detenido el tiempo. Un tiempo preciado. Antonio volvía a sentirse un hombre. Un ser animal. Con alma. Entonces, no era consciente de ello. Ahora sí. Cuando todo se ha desintegrado. El vacío es abismal al recordar que en algún momento de su vida ha sido alguien.

Nada más ver a Miriam intuyó lo que sucedería. Había dejado la moto al pie de la colina y había entrado en la parte trasera del Mercedes Benz EQC. Laurenti estaba sentado en el asiento del copiloto. Ella ni siquiera lo saludó, pisó el acelerador y condujo a gran velocidad por la carretera privada durante más de una hora. Iba vestida de negro dentro de una falda de tubo y una camisa de encaje. Era un atuendo sencillo. Aunque hiciera esfuerzos por pasar desapercibida resplandecía en aquel lugar donde los rayos del sol eran hirientes.

Cuando aparcó el coche en la entrada de la residencia fue cuando Miriam se dignó a mirar a Antonio. Su rostro era terriblemente bello. Pálida como si hubiera pasado tiempo escondida dentro de una habitación. Laurenti bajó del coche y fue al encuentro de un grupo de jóvenes vestidos con pantalones y camisas de lino beis; en la entrada de la finca por encima de ellos había un letrero en forma de arco que decía:

RIQUEZA Y SALUD
RESIDENCIA «DUSHA»

—¿Así que te has dejado convencer por él? —Miriam sacó un puro finísimo que olió antes de encender, de una pitillera. Sus ojos eran negros, brillaban en una oscuridad arenosa.

A Antonio le molestó la pregunta, la había hecho sin esperar una respuesta.

—Me los traen cada mes de la península, ¿sabes? —dijo una calada al puro—. Algún día te daré a probar... No querrás otra cosa.

Miriam salió del coche y se unió al grupo de Laurenti y los jóvenes, hablaban mientras miraban desde lejos vorazmente. Antonio permaneció al lado del coche. Le irritaba sentirse observado, decidió dar una vuelta alrededor de la finca. La casa era inmensa, de estilo clásico francés, con muros almohadillados de aspecto macizo y vistosas molduras, techos de pizarra y un amplio porche de dos alturas. En la parte trasera había una piscina cubierta donde varias personas vestidas de pijama, junto con un porta sueros, paseaban acompañadas de una enfermera. Dos parejas de jóvenes jugaban una partida en un pista de tenis aleña. Era raro todo aquello pero Antonio no era quien para hacer preguntas. Un camarero se acercó y ofreció una cerveza fría.

—Por gentileza del señor Laurenti.

Acto seguido miró hacia arriba, Antonio siguió su mirada. Asomado al balcón de la segunda planta de la residencia Laurenti saludó. Miriam estaba agarrada a su brazo.

—Esta noche se celebra una fiesta de gala para recaudar fondos para la clínica —prosiguió hablando el camarero—, si no tiene objeción —le acercó un traje de *smoking*— puede cambiarse en los baños de la piscina.

Cuando quiso darse cuenta Antonio tenía el *smoking* entre las manos y estaba en calzoncillos delante de la baza. Introdujo la pierna en la pernera derecha del pantalón. Al ir a meter la otra pierna la furia que afloraba en él cuando intuía que alguien le obligaba a hacer algo que no quería hizo que diera un tirón. La costura del pantalón cedió. Tiró la chaqueta y la camisa al cubo de la basura.

Caminaba por el sendero que conducía al exterior de la finca, el sol, paulatinamente, perdía fuerza oprimido por la penumbra del final del día, una antigua cosechadora pintada de rojo le sobrepasó a gran velocidad. Frenó varios metros después. Un chico de mirada salvaje y pelo revuelto se asomó por la ventanilla de la cabina:

—¿Necesitas que te llevemos a alguna parte?

Daba golpes con la mano en la puerta metálica. Iba vestido con el atuendo color beis que había visto a los chicos en la entrada de la finca.

—¿A dónde vais? —preguntó Antonio.

—Al puerto.

—Con eso me vale —se acercó dispuesto a subir a la cabina.

El chico negó con la cabeza y señaló con el dedo pulgar la parte de atrás de la cosechadora.

—Ahí estarás más cómodo.

Del contenedor salían risas y música. Alguien abrió la parte trasera.

El techo del depósito estaba cubierto con toldos de lino negro, el sol del atardecer sobrevivía a duras penas, el aroma a trigo y a incienso aumentaba a medida que accedía al interior.

Hablaban entre ellos mientras escuchaban música *Chill out*.

«I brought you some something close to me left with something new

see through your head

Give haunt my dreams

But theres nothing to do but believe»¹⁰,

, era el *revival* de moda que Antonio escuchaba todas las noches en las discotecas del puerto a última hora. Para los demás era fácil encajar, él, sin embargo, siempre encontraba a alguien con ganas de pelea. Sorprendentemente se sintió bien dentro de la cosechadora, aquellos chicos y chicas destilaban un halo de indiferencia, una mezcla de autosuficiencia y camaradería que hizo que se relajara enseguida. Cuando estuvo cerca de ellos le miraron de la misma forma que Laurenti. *Insondables. Fatigados*. Con aquel peculiar brillo en los ojos.

—¿Te volveremos a ver?—preguntó el chico desde la puerta del copiloto.

El olor del salitre lo invadía todo.

—Es posible —Antonio jugaba con una brizna de trigo que había encontrado en el suelo del contenedor. Había centenares de ellas.

¹⁰ letra de la canción titulada *Breathe*, de Telepopmusik (2001).

Alguien volvió a cerrar la parte trasera del contenedor, la cosechadora siguió su camino por la carretera.

En el puerto, encontró a Víctor dormido en la acera, junto a una antigua cabina de teléfono. Le dio una patada en la pierna.

—¡Eh!, ¡despierta!

Víctor se quitó la camiseta que había empapado con el agua mineral de una botella y había colocado encima de su cabeza.

—¿Dónde has estado?

—Ya te contaré.

Entraron en el bar de apuestas. Las carreras de caballo habían tenido lugar y tuvieron que conformarse con los partidos de *rugby*. Volvieron a hablar de sus años de reformatorio, compararon sus navajas y brindaron por los viejos tiempos con el whisky que habían robado en la licorería. Antonio salió a fumar un canuto, Víctor había empezado a hablar con un grupo de chicas en el local pero a él no le apetecía seguir el juego, era demasiado fácil. *Solo tienes que sostener la mirada a una chica más de un minuto y cree que te tiene en el bote*. Él era apuesto, de espaldas anchas y aspecto vigoroso. Sabía cómo divertir a las chicas. Desde pequeño se había hecho un experto en lo que él llamaba “hacer gansadas”. Mientras riesen sus bromas no irían más allá. Sus ojos verdes y su tez morena apenas dejaban ver lo que habitaba en su interior.

Antonio esa tarde se sintió molesto consigo mismo. Mientras los demás se divertían él se preguntaba cómo sería la cena de gala a la que había rehusado acudir, qué diría Laurenti, cómo iría vestida Miriam, qué comería esta, qué vino bebería, en qué tipo de conversaciones participaría. Se vio a sí mismo solo en la piscina nadando junto a ella después de la cena. Los dos desnudos. En la madrugada. Mirándose más de un minuto. Chascó la lengua. De súbito vino a su cabeza el traqueteo dentro de la cosechadora. El olor a intimidad desangelada. Allí dentro la gravedad era similar a la sensación que experimentaba cuando buceaba en el mar que rodeaba la isla. “Te necesito”, había dicho Laurenti. La mirada insondable. “Te necesito”. Antonio tiró el canuto a la calzada y lo pisó. No sabía por qué daba tantas vueltas al asunto. Aquellos chicos eran demasiado parecidos a él. “Te necesito”. Más tarde fantaseó que no era Laurenti quien decía esas dos palabras, sino Miriam. *Mañana recogeré la moto al pie de la colina*

y volveré a mi vida de siempre. Olvidaba a las personas que se encontraba en su camino fácilmente. ¿Por qué no iba a suceder lo mismo con Laurenti y Miriam? Volvió a pisar el resto del canuto que había tirado al suelo. Fue entonces cuando vio a Cloe por primera vez. Ataba una perra blanca a una farola. Todavía revoloteaba la imagen de Miriam en la cabeza de Antonio del brazo de Laurenti, asomada al balcón. Quizá fue por eso por lo que encontró en Cloe cierta similitud con Miriam. Aunque era mucho más joven sus andares eran parecidos, su mirada terriblemente bonita hacía presagiar que escondía un enigma. Por su forma de vestir no era de la isla. La fragilidad de sus pies, prácticamente desnudos en unas sandalias nuevas. Llevaba un vestido corto de flores fruncido a la cintura con pequeños botones de nácar. Su palidez era igual de llamativa que la de Miriam. Era rubia, tenía los ojos castaños, ligeramente bizcos. ¿O era la belleza que contenían lo que causaba ese ligero defecto? La debilidad de sus movimientos escondía cierta determinación.

El velero

«Asepsia»

—**S**entémonos en la terraza de popa —sugiere Víctor.

Cloe busca a Patricia. *¿Dónde se ha metido?, ¿por qué me deja sola?* Víctor se arrodilla y enciende un pequeño hornillo. De la mochila extrae flores de azahar y melisa, una botella con lo que queda del «fermento». Pone la mezcla en ebullición.

—Bebe, te hará bien.

Ella da un trago. La curvatura de su cuerpo se perfila en los ojos de Víctor. *La muerte es rauda y el deseo también.* A punto de perderse en la luz. La humedad hace languidecer la rabia, empapa la culpa. *La quietud.* Pinzones grises agitan las ramas de los árboles en lo alto. Víctor apaga el hornillo y arroja el sobrante de la tisana en el agua del río.

Habían preparado una de las dos camas en la habitación de servicio para ella. Era un cuarto pequeño que daba a la salida de humos de un restaurante oriental. Olía a especias. Desde la ventana Cloe podía leer el letrero del callejón:

CALLE HONDURAS SIN SALIDA

Disfrutaba de poco espacio para sus cosas. Se dijo que aquello era una señal de que no viviría mucho en casa de sus abuelos. Guardó la poca ropa que había traído en dos cajones de la cómoda y colocó el calzado debajo de la cama. Espantó una cucaracha que subía por la repisa de la ventana. Sus abuelos, José y Laura, eran muy mayores, Leslie era la mujer colombiana que se ocupaba de ellos.

—Con treinta y siete años tu abuela tuvo a Dominique, ¿así se llamaba tu padre, verdad?, lo sé porque la Señora habla una y otra vez de que todos

sus achaques vienen del parto Un chico encantador tu padre..., vino una vez, tú eras un bebé..., se notaba que era un hombre atento. Me regaló una cajita de taracea. La guardo como oro en paño.

Cloe envidiaba esa caja. Alguna vez curioseó en las pertenencias de Leslie con el deseo íntimo de encontrarla. Sus formas de rombo y su minuciosa artesanía de tonos rojos y blancos. ¡Tantas veces se había arrepentido de dejar caer el medallón con el retrato de su padre por el desagüe de las duchas! Aquel abandono de sí misma. Después de salir de El Cerro no tuvo ánimo suficiente para rebuscar entre sus pertenencias, rescatar algo que guardara algún significado. *Llevarlo siempre conmigo.*

—Enciende la luz a la hora de las comidas y que sea muy muy tenue —
pidió la abuela.

La candidez diluida. Cloe abría los ojos sorprendida por la nitidez de las formas cuando entraba un rayo de sol en la alcoba que compartían sus abuelos, en la estancia se había acostumbrado a vislumbrar en la oscuridad, a discernir la necesidad no satisfecha, a buscar el espejismo en los destellos de los cristales del aparador nunca abierto.

—Querida, léame algo de la biblioteca sin que se entere mi marido, le da rabia que disfrute de las cosas... a mí también me da rabia que él pueda hacer más vida que yo, no creas, pero no está en mi voluntad ni en mi destino evitar tales cosas.

Cloe era tenaz en la dedicación alejada de lo humano, en ofrecer un esfuerzo que nunca sería compensado.

Por las mañanas respiraba un aire viciado en el cuarto que compartía con la interna, en cuanto podía, después de desayunar, iba a la habitación de las medicinas. Era el cuarto más sombrío de la casa pero el más tranquilo. Prolongaba la tarea de colocar las vendas en las estanterías o cerciorarse de la fecha de caducidad de las medicinas, limpiaba las sondas, los porta algodones, ordenaba por tamaño y textura las toallas que usaba para secar los cuerpos de sus abuelos, era escrupulosa con el armario donde guardaban las vías y las jeringuillas y el contenedor de esterilización. Desconocía los nombres de los distintos tipos de tijeras, pinzas, pero sentía una extraña fascinación por sus formas. Disfrutaba de la tarea repetitiva y

silenciosa, sus pensamientos se nutrían de la asepsia y la luz que emanaban los objetos. En aquel cuarto encontró un refugio para pensar a solas.

Primero debemos ensayar la realidad ,
luego vivir en ella
Revista GENOMA 3.5

—Tu obligación es quedarte en esta casa y cuidarnos.

A partir de entonces aprendió a hacer las curas a los ancianos. Había comenzado el curso escolar, sus abuelos habían olvidado matricularla en el Liceo.

Cloe limpiaba con solución salina el tejido muerto, después, cubría las heridas con el vendaje, hacía la colada y cambiaba las sábanas cada dos días, limpiaba los suelos, desinfectaba la bañera y el lavabo, junto a Leslie lavaba con agua tibia y jabón neutro los cuerpos cansados, hidrataba una y otra vez la piel envejecida. Por las noches las dos mujeres se turnaban para hacer la guardia. El cuerpo anciano cuya mente codiciaba la vida, la mezcla de fingimiento y orgullo en la desesperación, eran un tercer rostro. La joven llevaba bien las tareas pero algo en su interior le decía que no estaba haciendo lo correcto, una tarde, tras volver de la compra, Leslie la esperaba llorando en el cuarto de servicio.

—Me marchó.

—¿Cómo?... , no puedes dejarme sola.

—Ay, cariño, no me queda otro remedio. Ya no me quieren aquí ... Dicen que soy cara —cogió el rostro de Cloe entre sus manos—. Niña, ¿qué va a ser de tí?, porque yo más bien que mal me las arreglaré pero tú, pequeña...

La joven salió de la habitación antes de que Leslie terminara de hablar. Cada vez que empezaba a tener cierta complicidad con alguien esa persona desaparecía de su vida. Esa misma noche durmió sin Leslie. Había ansiado un momento de intimidad en aquel cuarto desde que había llegado a la vivienda de sus abuelos pero cuando pudo disfrutar de ello fue terrible. Corrió a la salita de medicinas y cogió la cuchilla que solía emplear para cortar las vendas. Si no hubiera estado tan cansada hubiera empezado a autolesionarse. *Manchar de sangre la pulcritud.* Los días se sucedían. En

contadas ocasiones salía del piso. Solo para hacer la compra. Dormía pocas horas, Laura y José se despertaban varias veces durante la noche.

Cloe aprendió a estar sola entre la tibieza de los gestos. A menudo esa tibieza se convertía en hostilidad en el rostro de los abuelos. Laura y José seguían siendo dos desconocidos para ella. La ingenuidad de la joven poco podía atenuar la angustia de la pareja, ambos ancianos estaban demasiado débiles, se resistían a ir a una residencia, muchos de sus familiares habían fenecidos solos, fuera de su país y sin asistencia; y aunque las condiciones habían mejorado en los geriátricos rehuían esa nueva realidad. Incluso eran reacios a que Cloe llamara al médico. De aquellas semanas nació el gusto de Cloe por lo invisible y soterrado, por las realidades implícitas. Entre dolor mudo y cansancio reconstruyó retazos de sus pensamientos. O eso creyó entonces.

Una noche se quedó dormida, cuando despertó y acudió a la alcoba de sus abuelos, Laura aguardaba en la cama, rígida. El cuarto olía a vómito. Su abuelo se había caído de la cama y yacía en el suelo. Cloe intentó levantarlo sin éxito. Cuando se acercó al teléfono que había encima de la mesilla para llamar a la ambulancia su abuela intentó disuadirla.

—No lo hagas. No soportará que le separen de mí.

—Ni si quiera sabemos si sigue vivo, la situación es grave.

—Eso es lo que harán... —la anciana se mecía en la cama mientras hablaba mirando a un punto fijo—, eso es lo que harán...

De súbito, Laura volvió los ojos hacia Cloe. En ellos asomaban hormigas.

—Antes que morir le aterrará no saber de mí.

La joven dudó y en esa duda su abuela llenó su alma de odio.

—Niña estúpida —dijo haciendo un esfuerzo por marcar el acento castellano.

Cloe deseó que se atragantara. Tener aquel pensamiento le heló la sangre. De un instante a otro estaba harta de escuchar las reprobaciones de la mujer. Sus manías. Cuando llegaron los sanitarios a la casa y sacaron a José en la camilla comprendió que había sido un error ser cómplice de aquel aislamiento. El estado de los dos ancianos era muy delicado.

José murió de camino al hospital, Laura apenas resistió unos días más a la muerte del esposo. Cloe acudió sola al entierro. Mandó incinerar los

cuerpos, fue una forma de resarcirse de lo que ellos le habían obligado hacer con el cuerpo de su padre. Se dijo que hacía lo correcto, que en esos días en los que cualquier porción de “tierra propicia” era codiciada, era una manera de que sus abuelos dejaran un legado, tal vez un legado anónimo, demasiado volátil, pero al fin y al cabo solemne. Arrojó las cenizas desde la ventana de la habitación donde sus abuelos habían compartido amor y odio. Daba a un palomar. El polvo gris empañó el cielo mientras las palomas extendieron sus alas. Ese mismo día habló por teléfono con Camile.

—No soporto seguir aquí. Nada me pertenece.

—Debo serte franca. Puedes venir a vivir conmigo de nuevo pero será solo por un tiempo. Hasta que se arregle lo del testamento. Luego, irás a una casa de acogida.

Nuestros ojos verán y nuestra mente decidirá.
COLUMNA PERIODÍSTICA

Sus abuelos donaron todos sus ahorros, incluso el viejo piso, a una organización dedicada a la Protección de los Ancianos. Cloe no se lo reprochó, incluso lo comprendió, se habían conocido en un momento de la vida en la que el afecto de cada uno estaba doblegado por el miedo y la desconfianza mutuas.

Ingresó en el “Hogar para Adolescentes Charlotte Goday”. Disfrutaba de cierta independencia en el estudio con cocina, en la planta baja del edificio de nueva construcción en los suburbios de Pantin¹¹. Entró en el “Programa de Aceptación” para conseguir el pasaporte que la llevaría a la libertad total y a una nueva vida.

Trabajaba como reponedora en un supermercado. Cumplía un horario estricto de entradas y salidas. Pasaba los días libres en el parque cercano al centro. Veía a los niños de la mano de los padres en el paseo y un dolor afloraba en ella, era un dolor que no podía mirar de frente, sentía un desprecio hacia sí misma, quería límites que debilitaran la asfixia que se

¹¹ localidad y comuna de Francia situada en los suburbios noroeste de París.

ceñía a su cuello. Volvió a ella aquella languidez olvidada. *Proscrita*. Por suerte, hizo buenas migas con su vecina de apartamento, Babette.

Babette vestía chilabas de llamativos colores. Su rasgos eran francos y serenos. Cloe tenía algunas dificultades para desenvolverse en francés, ella fue paciente en ese sentido. La primera noche que se conocieron compartieron confidencias como amigas de toda la vida. La familia de Babette procedía de Marruecos, su madre estaba ingresada en un psiquiátrico debido al “síndrome de confinamiento” (después de superar la enfermedad, no se veía capaz de salir de casa tras el prolongado aislamiento, someterse a los controles clínicos periódicos), su padre estaba en paradero desconocido. Cloe y Babette compartían ausencias y, sobre todo, las ganas de empezar de nuevo. Los fines de semana, a media tarde, se reunían en la rampa para pista de *skate* del parque, soñaban con ser algún día alguna de las chicas que se deslizaban sobre los patinetes enfundadas en ropa de *sport*. Probaron por primera vez juntas el alcohol, entre trago y trago de ron con CocaCola confesaron los primeros amores. Activaban el altavoz externo del móvil con la lista de música que habían confeccionado cada una y se pasaban las horas escuchando los *bits* del momento sin tener la necesidad de hablar o mirarse. Babette contagió a Cloe su pasión por el *trap* francés y las sudaderas masculinas. Fumaron el primer cigarro de su vida, ninguna de la dos lo acabó, entre risas y la bocanada áspera que raspó el interior de su faringe acabaron tiradas en el suelo.

Todo se torció entre ellas cuando apareció Jacques en la vida de Babette. Más mayor, alto, fornido, con el pelo ensortijado. El campeón de “Skate Agora” de Pantín. Se pasaba horas en la pista. Antes de entrar en sus vidas, cuando le veía realizar cabriolas en la complicada rampa, a Cloe nunca se le pasó por la cabeza que pudiera atraerle su amiga: Babette poseía una belleza exótica, muy atractiva, destilaba una discreción que no tenía nada que ver con la forma de ser de él. A Jacques le gustaba ser admirado, vestía a la última y cada día iba acompañado de una chica rubia y exuberante distinta. Babette era propicia a los pequeños gestos, de una hermosura racial que intimidaba.

Cloe llamaba al timbre del estudio de Babette, Jacques abría la puerta. Sentía que la miraba con odio. Había algo siniestro en él.

Los encuentros con su amiga en torno a la rampa de *skate* fueron menos frecuentes hasta casi desaparecer. Una noche, después de regresar del trabajo, cuando las amigas apenas se veían, Cloe al abrir la puerta de su estudio encontró a Jacques metido en su cama. Había forzado la cerradura. Cuando la vio se quitó los cascos de los auriculares que llevaba encima y se sonrió.

—Te pasas las tardes escuchando esta música, no sé cómo te puede gustar tanto —golpeó el tabique que daba al cabecero de la cama—, ya ves... aquí las paredes son de papel.

Manoseaba el móvil y los cascos mientras hablaba, Cloe había echado en falta las pertenencias de camino al trabajo, se preguntó cuándo se los había quitado. Fue incapaz de decir algo. Él había pegado aquella oreja grande y rosada que asomaba entre los mechones del pelo rizado a la pared que daba al cabecero de la cama con la intención de usurpar su intimidad. Estaba bien segura, escuchaba la música en volumen bajo, los coordinadores del centro eran muy insistentes en que se respetara el descanso de los demás. Intentó por todos los medios que él no viera el temblor de su cuerpo, la náusea subía desde el coxis y se encaramaba a su garganta.

—Te pasas horas...

Él seguía hablando, ella era incapaz de escucharle, sus oídos eran sordos a sus palabras, solo quería que aquella escena acabara. De súbito, Jacques se reincorporó y se sentó en la cama dejando al descubierto sus piernas. No llevaba ropa de cintura para abajo. Una presión oprimió el pecho de Cloe.

Sentada en el columpio del parque hizo tiempo. Ni si quiera recordaba cómo había huido del estudio. El destello del sol a través de la puerta corredera, sus piernas temblando al correr, la respiración entrecortada cuando cerró y miró si él seguía sus pasos, las imágenes fluían en su mente inconexas y mudas. En el parque llovía con fuerza. Por un momento le consoló pensar que el cielo lloraba en su lugar. Ella era incapaz. Le asustó aquella indolencia que escarbaba sus entrañas en busca de hueco. No fue consciente cuántas horas estuvo mirando el hoyo que había bajos sus pies, cómo se llenaba de agua. Quizá cuatro, tres. Su ropa quedó empapada. Las

gotas de lluvia..., sus ojos de muerte... Cuando sintió el cuerpo agarrotado regresó al estudio. Jacques se había marchado. El móvil y los cascos yacían sobre las sábanas revueltas. Cloe pensó en hablar con Babette esa misma noche, sentía la necesidad de decirle que Jacques no era quien ella creía que era, que escondía un lado oscuro que más tarde o más temprano la haría daño. A la mañana siguiente después de que Jacques se marchara a entrenar llamó a la puerta del estudio de la amiga, Babette no abrió.

¿Cuántas notas se habían pasado Babette y ella a escondidas en las reuniones con los coordinadores? Mientras repasaban las normas de “las buenas conductas” jugaban a escribir pequeños poemas con los olores que sugerían uno u otro chico del centro. “No dejes que tu olor a pegatina se adhiera a mi piel” , “Hueles a sopa pero da igual, te besaré y compartiré el sabor de piruleta de mi lengua”, “No aguanto tu olor a sudor, estropea el romanticismo de mis labios”. Eran composiciones que adolecían de cierta ingenuidad, cierta renuncia, Babette y ella, así como los otros residentes todavía no estaban acostumbrados a la proximidad de los cuerpos, cualquier intimidad se antojaba frágil, maleable, un obsequio ansiado durante demasiado tiempo, turbador.

La situación en el centro empeoró. En las redes sociales Jacques usó como nombre de usuario “Deepfakes” y se dedicó a poner la cara de Cloe en cuerpos de actrices porno, no contento con eso, creó varios vídeos muy convincentes utilizando un algoritmo automático y los puso a disposición del público por tiempo ilimitado en una página de citas. Las manchas en la piel de Cloe aparecieron entonces. *Rojizas*. Enseguida se convirtieron en pequeñas costras. Se desprendían de la piel detrás de las orejas, en los codos, cerca de la nariz. Era como si la vergüenza de ver su rostro prisionero en un cuerpo obscuro, humillado, escrutado por todos, que no le pertenecía, se sublevara contra ella. Sus uñas mordidas, mal limadas. Por la noche aliviaba el picor rascándose. La rojez se transformaba en sangre. Cualquier risa que oía creía que pertenecía a Babette y Jacques. Desconocía que ambos se habían marchado el mismo día que había aparecido la palabra “Salope¹²” en la puerta de su estudio.

¹² perra en idioma francés.

Cloe dejó de acudir al puesto de trabajo en el supermercado y de cumplir el “Programa de Aceptación”. Sabía que podía suponer un parón en su vida, pero le superaba la situación. Pensaba que todos los que se cruzaban con ella por los pasillos del centro, el supermercado o la calle, habían visto los vídeos y la reconocían. Era consciente del poder hipnótico de las imágenes, en los dispositivos móviles compartía anonimato y humillación con el rostro de otras chicas entre la catarata de *frames*¹³. Los vídeos de fuentes oficiales y no oficiales eran una distracción, no era tan importante si no entrañaban ninguna realidad o si al consumir los contenidos digitales, fueran del tipo que fueran, el usuario rechazaba lo que veía, lo importante era “compartir algo”, confluir dentro del mundo global de distracciones. Aquella dinámica en la sociedad era un virus tan contagioso y dañino como el biológico. Un mes después de los hechos, Cloe volvió a llamar a Camile. Como un vino espeso y agrio su boca vertió la pregunta:

—Y mi... mi madre, ¿dónde puedo encontrar a mi madre?

¹³ fotogramas.